



Distancia: 2 kilómetros
Duración: 1 hora

Inicio: 1

Final: 7

Pictografía:



Guía botánica

HOJA PERENNE



HOJA CADUCA



Descripción

Desde una de las avenidas más importantes de Laredo, la calle Menéndez Pelayo, localmente conocida como "Calle del Paseo", arranca la ruta de La Atalaya. Hacia el final de la calle, en dirección al túnel que atraviesa el monte del que toma nombre la ruta, encontramos, por la derecha, un singular callejón en cuya entrada se ubica el cartel general que explica el recorrido (punto 1).

En este punto encontramos también la primera señal de dirección que nos adentra en el callejón en el que, a los pocos metros, encontramos unas estrechas y empinadas escaleras que nos invitan a subir, comenzando así la ruta. Esta peculiar calle, denominada "El Merenillo", durante siglos fue el acceso habitual por el que los pescadores de la villa llegaban al puerto, situado por aquel entonces en la actual calle Menéndez Pelayo. En ella, el caminante podrá percatarse del original pavimento con que cuenta en su primer tramo, escaleras incluidas, restaurado utilizando para ello cantos de la cercana playa rocosa de la Soledad, mas conocida como "El Túnel".

Continuando por "El Merenillo", llegamos a una desviación por la izquierda, en cuya esquina aparece la segunda señal del recorrido (punto 2), adosada a una pared de piedra sillar, que constituye una de las fachadas de la denominada "Casa del Merino", cuyo origen se sitúa en el siglo XVI. El nombre de la casa hace clara alusión a la residencia de este cargo municipal, vigente durante la Edad Media, y del que, probablemente, deriva el nombre de la calle.

Tomando este desvío a la izquierda según nos marca la señal, continuamos la ruta ascendiendo por un estrecho y corto camino que desemboca en las antiguas murallas que durante el Medievo y la Edad Moderna defendieron la villa. Al llegar a ellas podemos contemplar a la derecha el "Arco de San Marcial", que, en aquella época, constituyó uno de los accesos a Laredo a través de la muralla. Junto al arco encontramos una nueva señal, (punto 3), que nos invita a seguir bordeando la muralla.

De esta manera, andando por un camino y escaleras de adoquines, se llega, tras pasar junto al cementerio municipal, hasta el monte de La Atalaya donde comienza el entorno natural de la ruta, propiamente dicho.

En este lugar, (punto 4), la parada es obligada. Además de un plano detallado de la fortificación militar a la que llegaremos algo mas adelante, la pequeña explanada que encontramos pocos metros a la derecha constituye un mirador natural de excepcionales características. El paisaje costero que podemos contemplar, en el que se funde el azul del mar con el verde intenso de los prados, presenta una singular variedad de formas. Los escarpados acantilados de La Atalaya, El Secar y El Aila, suponen un brusco final a los ondulantes prados que, desde Valverde y Las Cárcobas, descienden en suave pendiente hacia el mar.

Aquí, situados al borde de los acantilados de La Atalaya, tenemos una perspectiva de éstos que nos permite observarlos en todo su esplendor. En ellos, la vegetación crece con profusión y además de un tapiz de plantas herbáceas, estos empinados taludes aparecen poblados con arbustos como laureles, saúcos, sauces y encinas. También la genista abunda en los cantiles, siendo más llamativa su presen-

cia en primavera cuando se llena de amarillas flores que imprimen un contrapunto colorista a los predominantes tonos ocre y verdes de estos originales acantilados. Las frecuentes repisas y prominencias rocosas que jalonan este abrupto relieve son aprovechadas por cernícalos, gaviotas y cormorantes que las utilizan como lugares de descanso y nidificación. Esta visión nos permite, igualmente, observar en las rocas aflorantes el carácter volcánico de La Atalaya, cuyas ofitas, de gran compacidad y dureza, han sido labradas por la mar y el viento dando lugar a estos acusados relieves.

Al pie de estos acantilados se extiende la playa de La Soledad, una singular cala rocosa donde se hacen evidentes los restos del antiguo puerto (siglo XIX), de su mismo nombre, al cual se accedía cruzando el túnel antes citado que, desde la calle Menéndez Pelayo, llega al mar atravesando La Atalaya. Sin cambiar de ubicación y con sólo girar la vista hacia el sur, se puede disfrutar de un paisaje predominantemente rural, aunque salpicado de elementos urbanos. Desde los montes de Valverde, la sierra de la Vida, el barrio de Las Cárcobas, el Pico del Hacha y el Barrio de Villante descienden aterciopeladas praderas salpicadas por bosquetes de árboles caducifolios y encinares entre los que aparecen dispersas algunas viviendas, más abundantes a medida que se desciende por la ladera. Estos montes constituyeron una barrera natural que rodea la villa pejina, en cuyo casco antiguo resaltan la majestuosidad de la iglesia y convento de San Francisco (siglos XVI y XVII) y la próxima parroquia de Santa Maria de la Asunción (siglo XIII). Menos prominente, aunque también notable, podemos ver a nuestra izquierda la pequeña iglesia de San Martín, cuya cronología se sitúa entre los siglos XIII y XV. En ella, destaca ante nuestra mirada su singular espadaña, la cual, con siete vanos, todos ellos diferentes, es la más monumental de esta época en Cantabria. Dada esta curiosa característica, algún estudioso ha especulado sobre la posibilidad de que cada campana fuera capaz de emitir el sonido de una de las siete notas musicales.

Tras esta parada seguimos el camino hacia la izquierda desde el punto donde nos habían dejado las escaleras, según la indicación de la señal correspondiente. De esta manera continuamos la subida hacia el interior de La Atalaya, singular promontorio donde se entremezclan naturaleza, historia y paisaje. Durante la ascensión podemos sorprender en su incesante búsqueda de alimento a las inquietas tarabillas comunes y a los curiosos petirrojos, pequeños pajarillos insectívoros que revolotean entre las abundantes matas de hinojo del borde del camino.

Así llegamos, en pleno monte, a la entrada del Fuerte del Rastrillar, conjunto arquitectónico de antiguo uso militar del cual se conservan abundantes restos de murallas y edificios. La cronología de estas construcciones se remonta a los siglos XVIII y XIX, aunque hay constancia histórica del uso de este peculiar enclave, con fines bélicos en épocas anteriores.

A los pocos metros de traspasar la gran cancela de forja que da acceso al recinto fortificado, el camino de adoquines llega a su punto más alto (punto 5), donde encontramos, de nuevo un panel que nos sitúa en el contexto del Fuerte del Rastrillar. Desde aquí la ruta continúa en sentido ascendente.

Casi sin separarnos de la entrada, encontramos el "Mirador

de la Caracola”, nombre que se ha dado a una plataforma de madera con balconada, situada a la izquierda del camino, y que constituye un espléndido observatorio desde el que se domina toda la playa La Salvé, buena parte del casco urbano de Laredo, las montañas que lo circundan, la desembocadura del río Asón y una amplia porción de la bahía pejina en la cual se adentra el espigón del puerto pesquero, y las obras del nuevo puerto deportivo.

Después de esta inevitable parada, la ruta nos adentra en el Fuerte, donde a lo largo de todo el trayecto el ambiente nos traslada a épocas pretéritas, rodeados por las antiguas edificaciones militares, algunas en ruinas y otras reconstruidas en los últimos años.

Resulta conveniente en este momento insistir en la necesidad de no abandonar los senderos marcados a partir de aquí, por la peligrosidad de los cantiles que bordean toda la Atalaya.

Siguiendo el camino, al rebasar las primeras construcciones restauradas, el firme cambia, pasando a estar formado por lajas de piedra irregulares sin rejunteo. Desde este tramo, en el que la visión sobre la bahía se hace cada vez más amplia, podemos disfrutar del sereno majestuoso vuelo de las gaviotas patiamarillas, relajante espectáculo que con frecuencia nos brindan estas verdaderas protagonistas de nuestra avifauna marina.

Unas decenas de metros más adelante encontramos el segundo mirador con que cuenta la Atalaya, denominado en esta ocasión de la “Rosa de los Vientos” (punto 6). De similares características que el anterior, este balcón al mar nos ofrece una impresionante visión de la costa cantábrica. El mar, rompiente sobre los acantilados de El Secar, Irío y Valverde, que se desploman verticales desde los prados, deja al descubierto, durante las grandes bajamares, pequeñas calas como la del Aila, donde se forma una recogida playa arenosa de muy difícil acceso. Al fondo, destaca por su altura y peculiar geología caliza, el monte Candina, que, desde el vecino municipio de Liendo, pone el telón de fondo a este singular escenario costero. En días despejados la perspectiva llega aún mas lejos mostrándonos como el Cabo Cebollero de Oriñon (popularmente conocido como “la ballena” por su silueta semejante a la de este cetáceo cuando sale a respirar), irrumpe sutilmente en las aguas del bravío cantábrico.

Volviendo al camino de lajas entramos ya en la última parte del recorrido, que nos lleva hasta los restos de dos de las baterías de costa con que contaba este importante enclave militar. En primer lugar encontramos, en una desviación a la izquierda del camino, el cartel que nos indica la entrada de la Batería de Santo Tomás, cuyo emplazamiento sobre un terreno excavado queda patente en sus muros, que no sobresalen del perfil original del terreno. Esta misma estrategia defensiva, podremos observarla también en la cercana Batería de San Carlos a la que llegaremos volviendo al camino principal y siguiendo la ruta, que pasa junto a las ruinas de otras construcciones de este valioso conjunto histórico.

De esta manera habremos alcanzado el extremo norte de La Atalaya, donde el cartel de la Batería de San Carlos

(punto 7), nos anuncia el final de esta ruta. En este lugar encontramos dos nuevos elementos constructivos que no debemos pasar por alto antes de emprender el camino de vuelta. Aquí se ubica, en el interior de un montículo vaciado y perfectamente camuflado por el terreno, uno de los antiguos polvorines del Fuerte, estratégicamente situados para protegerse del fuego enemigo. Por otra parte, junto al muro de la batería, desciende encajada entre las paredes de sillería, una estrecha y empinada escalera de piedra cuyo final está cerrado por el peligro que supone, ya que va a dar al mismo borde del acantilado. Desde aquí, es fácil observar el trasiego de los cormoranes que, volando a ras de agua, se dirigen hacia su posadero favorito en la Peña del Buey, majestuosa roca que emerge junto a la Atalaya en su punto más septentrional.

Este es el momento de comenzar el regreso. Para ello, debemos volver sobre nuestros pasos, recreándonos una vez más en todos los atractivos que esta ruta ofrece al caminante. Al llegar de nuevo al mirador de la “Rosa de los Vientos” podemos tomar un itinerario alternativo ascendiendo por el sendero de tierra que parte desde aquí y que nos conducirá entre vistosas flores, como las olorosas clavelinas, las coloristas viboreras o las grandes margaritas, hasta la entrada del Rastrillar.

Una vez recorrido el Fuerte, tan sólo queda descender por el mismo camino que llegamos a él, o bien, haciendo en sentido contrario el primer tramo descrito en la ruta de Valverde (Ruta 2). Cualquiera de los dos caminos nos llevará de nuevo a la Puebla Vieja mientras, aprovechando el descanso de la bajada, podemos contemplar una excepcional panorámica general de la villa pejina a medida que nos acercamos a ella